

El ánimo intranquilo, que en la agitada vida
Se inclina ante los golpes de dura adversidad,
El náufrago que siente rugir embravecida
La ronca tempestad,

La desdichada madre que mira moribundo,
Deshecha en tristes lágrimas, al hijo de su amor;
Todos cuantos suspiran, y sufren en el mundo
Hambre, sed y dolor;

El niño en sus temores, el viejo en su agonía,
El hombre hasta en su loco y ardiente frenesí,
Con religioso anhelo levantan, madre mía,
Sus manos hacia ti.

Que tú eres el refugio, la luz y la esperanza
De todos los que ciegos y sin consuelo van:
Tu santa y pura mano refrena la venganza,
Sujeta el huracán,

Las lágrimas enjuga, disipa las tormentas
Del mar y de la vida, terror del corazón;
Las olas alteradas, las penas violentas
Esclavas tuyas son.

Por eso en las ciudades, y mares, y desiertos
Tu nombre iris de gloria y de venturas es,
Y hasta en sus sepulturas el polvo de los muertos
Quiere besar tus pies.

G. NÚÑEZ DE ARCE.

EL CATECISMO

ORGANO

DE LA «CONGREGACIÓN DEL CATECISMO.»

Hæc est victoria quæ vincit mundum, fides nostra.

Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe.

1.ª EPÍST. DE S. JUAN, CAP. V, V. 4.

DOCTRINA

(CONTINUA.)

Apostolicidad, tal es el último carácter. Fué fundada por los Apóstoles, descende de ellos, ya por la sucesión de ministerio, ya por la propagación de la misma doctrina, etc.; todo lo cual sólo se verifica en la Iglesia romana.

La sucesión de ministros viene desde los Apóstoles y ha perseverado sin interrupción hasta nuestros días. Recorred la cadena de soberanos pontífices desde el Papa reinante, y llegaréis á San Pedro á quien Jesús estableció príncipe de los Apóstoles y cabeza visible de su Iglesia. Haced lo mismo con todos los obispos católicos, seguid la serie de sus ordenaciones; hallaréis siempre en su origen un apóstol ó un obispo consagrado por el apóstol de quien recibió el ministerio y la autoridad.

Gracias á la sucesión del sacerdocio, se ha conservado una misma la doctrina que sin alteración ha llegado hasta nosotros. Comparad lo que se enseña ahora con lo que se enseñó en la antigüedad

no creemos hoy un solo artículo que no haya sido creído en tiempo de los Apóstoles; ni en tiempo de los Apóstoles se creyó un solo artículo que no creamos nosotros.

La doctrina enseñada por Jesucristo á los Apóstoles, predicada por éstos á todas las naciones, es la misma que ha sido profesada siempre y que profesamos en el día los católicos. Prueba tan sencilla como luminosa de que la Iglesia actual es sensiblemente y con toda claridad la misma que fué fundada por Jesucristo, puesto que ha conservado todos los caracteres de su institución! Por manera que, si los santos de los primeros siglos volviesen hoy á la vida, reconocerían en nuestra Iglesia la que á ellos mismos les formó.

Pero, ¿las diferentes sectas, las otras religiones, las demás iglesias, podrán gloriarse de poseer estos cuatro caracteres propios de la verdadera Iglesia? No, ciertamente. Dejemos á los judíos, á los infieles y á los mahometanos; que aparte de otras pruebas de su falsedad tienen la de no creer en Jesucristo, y vengamos á las sociedades que se llaman cristianas porque creen en Jesucristo y tienen el mismo bautismo que nosotros, como sucede en todas las sectas protestantes.

Carecen de *unidad*, porque están en completo desacuerdo sobre puntos esenciales y les es imposible entenderse en una misma creencia por no contar ni con cabeza, ni con juez, ni con autoridad infalible, sino que cada cual es libre para seguir su propio

parecer y para dogmatizar según su fantasía. ¿Debemos admirarnos de que después de su pretendida *reforma*, se encuentren divididos y subdivididos en multitud de sectas: luteranos, calvinistas, zwinglianos, socinianos, anabaptistas, presbiterianos, anglicanos, etc., que no hacen más que condenarse recíprocamente sin poder estar nunca de conformidad en un solo punto?

Carecen de *santidad*, porque sus jefes fueron hombres en extremo viciosos, carnales hasta el exceso; apóstatas que comenzaron su pretendida reforma por casarse, violando con esto los solemnes votos que antes habían hecho. Y además, no pueden presentar un solo milagro obrado por Dios en sus sectas para comprobar la santidad de uno solo de sus fundadores ó de sus adeptos.

Carecen de la *catolicidad*, puesto que su creencia ha sido modificada muchas veces, y que, lejos de hallarse extendida por todas las partes del mundo, está reducida á alguna nación ó provincia.

Carecen de la *Apostolicidad*, pues sus fundadores y autores son más recientes. Antes de Lutero y Calvino, ¿en dónde estaban las sectas luterana y calvinista? ¿No nacieron de estos dos hombres, quince siglos después de los Apóstoles? ¿No tomaron esas sectas su nombre del de los que las inventaron, como para demostrar que eran sociedades particulares, que enseñaban una doctrina nueva, desconocida de Jesucristo y de los Apóstoles; una doctrina sectadora porque favorecía las pasiones? Forzoso es

concluir, por consiguiente, que sólo la Iglesia romana es la verdadera; que no hay ni puede haber salvación para nadie fuera de su seno; que sólo nosotros tenemos derecho de vivir seguros en nuestra creencia; y que los demás tienen muy justos motivos para sospechar de la suya: esto es lo que expresamos por estas palabras: *Creo la santa Iglesia católica.*

¶ Pasemos á hablar ahora de la *comunión de los Santos.*

Esta segunda parte del noveno artículo del Credo, es la consecuencia rigurosa de las verdades expuestas antes acerca de la Iglesia; porque siendo la Iglesia un cuerpo compuesto de muchos miembros bajo una sola cabeza, es indispensable que entre esos miembros exista comunión ó comunicación, ó mutuo cambio de bienes. Ya hemos visto que la Iglesia es, en el sentido más estricto de la palabra, la sociedad de los fieles vivos; en un sentido lato, es la sociedad de los fieles, aun de aquellos que han muerto en la gracia de Dios; bajo uno y otro sentido existe la comunión de los santos que hacemos profesión de creer.

¶ Comencemos por la que hay entre los fieles vivos sobre la tierra. Claro es que no se trata de la comunión externa entre ellos por la profesión de la misma fe, la participación de los mismos sacramentos y la sujeción á los mismos pastores legítimos: esta comunión no mira más que al cuerpo visible de la Iglesia. Trátase de la comunión interna en virtud de la cual cada fiel puede participar de todos

los bienes espirituales que existen en la Iglesia. Estos bienes son: los méritos infinitos de Jesucristo; el fruto de los sacramentos, del santo sacrificio del altar, de las indulgencias, de las oraciones, de las virtudes, de los méritos y de las buenas obras de nuestros hermanos; en suma, de todo el bien público y de todo el bien privado.

¶ Creemos, pues, que todo el tesoro espiritual que existe en la Iglesia se extiende á la corporación entera de los fieles, porque la Fe, la Esperanza y la Caridad que nos unen, establecen entre nosotros un comercio sagrado que pone en circulación, con provecho de todos los miembros, ese inmenso cúmulo de dones, de gracias, de verdades y de bienes espirituales.

¶ San Pablo nos explica esta doctrina con el ejemplo de lo que acaece en los miembros de nuestro cuerpo. Estos miembros, dice, son muchos; sus funciones y sus operaciones son diversas, unas más nobles, otras más humildes y modestas. El ojo se nos ha dado para ver, el oído para oír, la lengua para hablar, y así de los demás órganos. Con todo, hay entre éstos cierta simpatía que hace participar á los miembros de las ventajas particulares de cada uno de ellos. No hay duda que sólo el ojo ve; pero no ve únicamente para sí, ve para todo el cuerpo; obra la mano, pero no obra para sí sola, obra para todo el cuerpo, etc., etc.; todos son para sí y para los demás: todos se prestan mutuo auxilio y recíproca asistencia. Si uno padece, padecen los restantes; si

uno está sano, los demás participan de aquella salud. Cualquier bien y cualquier mal es común entre ellos; y esto mismo es lo que acontece en el cuerpo místico de la Iglesia. Sus miembros son diversos, y diversos los ministerios, los estados, los empleos, las operaciones; pero todo lo que se hace redundando en provecho de cada uno: *A cada uno es dada la manifestación del Espíritu para provecho.* (I Cor. XII. 7.) Todos participan del fruto de los trabajos, de los méritos y de las buenas obras de los de otros, porque todos son miembros de un solo cuerpo, animados de un mismo espíritu, del Espíritu Santo que recibimos en el bautismo y en los demás sacramentos, sobre todo en el de la Eucaristía, la imagen más viva de esa unión y fraternidad entre los fieles, unidos á una sola cabeza, Jesucristo nuestro Salvador y que por consiguiente participan de las espirituales influencias que comunica á su cuerpo, esto es, á la Iglesia.

En esto consiste, pues, la comunión de los fieles en la tierra, comunión que nos es ventajosísima porque nos asocia á los méritos de todos los buenos cristianos esparcidos por la redondez del mundo.— Por manera que, aun cuando éstos no nos conozcan ni nosotros les conozcamos á ellos, ni ellos tengan noticia de que existimos ni nosotros la tengamos de que ellos existen, en virtud de aquella maravillosa solidaridad gozan de nuestros bienes y gozamos de los suyos. Debido á esto, todo lo bueno que se practica cada día en la Iglesia, es nuestro en parte; sacramentos que se administran, sacrificios que se

ofrecen, oraciones que se dirigen al cielo, limosnas, actos de humildad, de caridad, de paciencia, de amor á Dios y al prójimo, ejecutados por las almas justas, son otras tantas riquezas en que tenemos parte y suplen nuestra pobreza y miseria. Demos, pues, á Dios las más rendidas gracias por habernos agregado á su Iglesia y habernos hecho capaces de participar de este inmenso tesoro: *Participante soy yo de todos los que temen y de los que guardan tus mandamientos.* (Salmó CXVIII. 63.)

(CONTINUARÁ.)

MORAL

LA CARIDAD.

(CONTINUA.)

«Esta dulzura, sigue diciendo el P. La Selve, esta mansedumbre en la corrección de los vicios ajenos es de tal manera necesaria, que obliga, aunque se trate de los mayores crímenes, y de un hombre que se halle en las puertas mismas del infierno. Tal es, en sentir de San Juan Crisóstomo, el ejemplo que Dios ha dado en la reprensión que hizo al rico avariento: *hijo, recuerda que recibiste bienes durante tu vida.* ¡Oh singular bondad!—exclama el Santo Doctor;— ¡aun llama hijo á quien ve presa del fuego eterno! En este ejemplo divino aprended la mansedumbre. No hemos de adular á los pecadores; no hemos de elogiar su mala conducta; no hemos de disimular ó paliar sus crímenes; nunca debemos de

airles que es bueno lo que en realidad es malo; ni excusar lo que es inexcusable; pero si hemos de corregir, tenemos que hacerlo con suavidad y caridad.

«El mismo Jesucristo que impuso el precepto de la caridad, se encargó de enseñar el modo de cumplirlo: *Si tu hermano*, dijo, *pecare contra ti, ve, corríjele entre ti y él solo*. Este es un medio prudentísimo de corregir á un hermano. La caridad exige que los pecados si no son públicos, se corrijan en secreto: pide la caridad que se atienda también á la fama del prójimo.

«Ahora bien; si aquel á quien se corrige desecha esa oculta amonestación, sin que se saque fruto ninguno, entonces manda el Divino Maestro que se haga la corrección en presencia de uno ó dos testigos: *Si autem te non audierit, adhibe tecum adhuc unum vel duos*. Así lo ordena el Salvador, observa el Crisóstomo, para que quien no tuvo rubor en presencia de uno, lo tenga delante de más personas; y para que los testigos ayuden á convencerlo y á determinarle á la enmienda.

«Si aun así nada se consigue, prescribe Jesucristo un tercer medio de corrección: dar parte á la Iglesia, *dic Ecclesie*, es decir, á su prelado, á su pastor, á su superior, á fin de que éste en calidad de padre espiritual y de juez, usando de mayor autoridad, aunque paternal, le reduzca más eficazmente al buen camino.

«Este es el espíritu de Jesucristo: tal es el orden y manera que ha prescrito y que debe guardarse en

la corrección fraterna. Exhortamos á todos á recibir humildemente y hasta con agradecimiento la corrección y que vean en sus hermanos caritativos á hombres enviados por Dios.

«¿Quién se irrita contra el espejo que hace advertir las manchas y deformidades? Quien corrige, hace las veces de un espejo que nos manifiesta nuestros defectos; pero ya que tenemos la buena suerte de conocerlos, procuremos desarraigarnos y amemos y cultivemos la amistad de las buenas personas que se interesan por nuestra salvación.

«Cuando San Agustín corrigió á Alipio porque asistía frecuentemente á los juegos circenses, Alipio se irritó contra sí mismo, al paso que amó mucho más á su bienhechor Agustín. Imitemos á este joven modelo, correspondamos con el agradecimiento y aprovechemos con nuestra enmienda.»

Debemos pedir á Dios nuestro Señor, que se digne aumentar el número de los buenos hermanos que movidos por el celo de la salud de las almas usen prudentemente de este medio de corrección fraterna: por nuestra parte, resolvámonos á aprovechar las oportunidades que se nos presenten en lo sucesivo y jamás perdamos de vista que una conducta imaculada, piadosa, cristiana, irreprochable, en una palabra, el buen ejemplo, es la mejor y más elocuente reprensión de las faltas ajenas. En verdad que sería sobremanera ridículo que descuidásemos nuestros defectos y nos ocupásemos de los ajenos. Para evitar tamaño mal observó Jesucristo en inmortales

palabras que brotaron de sus divinos labios: *¿Por qué ves la pajita en el ojo de tu hermano: y no ves la viga en tu ojo? — Ó, ¿cómo dices á tu hermano: Deja, sacaré la pajita de tu ojo: y se está viendo una viga en el tuyo? — Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo, y entonces verás para sacar la mota del ojo de tu hermano.*

En cambio, evitemos escandalizar ni en lo más mínimo, sobre todo á los niños, no olvidando aquella sentencia del Salvador: *¡Ay de aquel por quien viniere el escándalo!* y es que al escandaloso se le pedirá cuenta del alma de su hermano, y se le castigará terriblemente, porque su obra es destruir lo que Jesucristo vino á edificar.

LAS MALAS LECTURAS.

XV I

LO QUE SE ESCRIBE.

Grandioso en verdad es el espectáculo que á la curiosa é investigadora razón ofrece la enorme labor y el abundante fruto del ingenio del hombre. Por fortuna no todo lo que se discurre, lo que se inventa, lo que se siente, deja sólo su fugitiva impresión en el alma, ni se confía únicamente á la frágil memoria individual, ni á la infiel tradición humana: es mucho lo que se ha hecho y se hace en consecuencia de las ideas: mucho es también lo que se escribe y se ha escrito.

Y es tanto, que las mayores bibliotecas de la culta Europa con sus millones de volúmenes, no guardan empero una pequeña parte de lo que el invento sublime de Gutenberg ha logrado fijar con sus caracteres y difundir por el mundo.

La herencia de los conocimientos humanos legada por la antigüedad á los cuatro últimos siglos, había-se formado, es cierto, con alguna relativa lentitud; pero el edificio estaba muy lejos de amenazar ruina, porque descansaba sobre solidísimos fundamentos, la fe y la metafísica.

Después y á partir desde el renacimiento de las letras, al menos considerado como momento histórico, una feliz combinación de causas ha dado poderosísimo impulso á las ciencias experimentales. El maravilloso descubrimiento de la imprenta en los instantes solemnes en que á la voz de Cristóbal Colón, surgía de los mares un nuevo mundo que con sus habitantes, sus fabulosas riquezas, su espléndida y virgen naturaleza se incorporaba á la historia religiosa, política y científica; la especial importancia que se ha dado á las ciencias matemáticas y de observación tras del curso natural que llevaban por los estudios anteriores; el periodismo nacido para acelerar el movimiento intelectual y propagarlo; la multiplicación de escuelas dentro de cada país; lo trascendental de algunos descubrimientos: todo ha contribuido al adelanto material del mundo.

Pero ese movimiento, esa actividad portentosa, no ha sido tan fecunda en bienes como pudiera haber-

lo sido, y lo que es aún más triste, que no puede prometerse halagüeño porvenir; porque vicios radicales corroen su existencia y en estos tiempos se acentúan de la manera más alarmante. Nos referimos al virus racionalista que lleva en su seno y de que hace gala la escuela moderna; á la completa omisión ó formal desprecio de la enseñanza religiosa; al culpable abandono de la verdadera filosofía, lo que trae por consecuencia la absoluta falta de método, principalmente en la enseñanza; y á la marcada hostilidad hacia los estudios clásicos. De esto resulta la esterilidad de muchos esfuerzos y la perversión de la ciencia, pues se la corta de su fuente y se la desvía de su cauce genuino, se la pone en contradicción con sus principios y que haya un número incalculable no sólo de ignorantes atrevidos, sino de talentos infortunados que faltos de la luz de la fe y resistiendo los impulsos de la divina gracia, se despeñan en la sima profunda de los vicios y del escándalo por medio de la prensa.

Con tales preparativos, con tan exiguo caudal de conocimientos y tan grande perversidad de alma y de costumbres se escriben los malos libros y se redactan los malos periódicos.

En un tiempo en que los enemigos del catolicismo habían hecho sus estudios fundamentales en las escuelas católicas, escribían siquiera con algún aparato de ciencia, procuraban dar encadenamiento deslumbrador y sofisticado para seducir á los incautos: el error y el vicio eran vergonzantes é hipócritas;

mas ahora, la impiedad no tiene otro lenguaje que la calumnia y la blasfemia descarada y horrible; el vicio no tiene miramiento, ni al honor, ni á la edad, ni á la inocencia, ni á nada de cuanto merece respeto y veneración: mirad en derredor vuestro la novela y el periódico, y os espantaréis de ver esos elementos de corrupción.

(CONTINUARÁ.)

VARIEDADES

NAVIDAD EN LAS ESCUELAS.

Son las dos de la mañana en la hermosa noche de Navidad.

Extinguiéronse los cánticos, y las luces se apagaron; la antigua iglesia, las calles, las casas, todo ha vuelto á la sombra y al silencio.

Mas, en el pesebre solitario, Jesús vela!

Y habla con la Virgen María:

—Madre, es hora ya de que nos vayamos. Tenemos muchas casas que visitar, muchas faltriqueras que llenar; y tú sabes, Madre amada, que nos es indispensable volver acá para la *Misa de Aurora*. ¡Vámonos, pues!

Y el niño Jesús con la Virgen María iban por las calles de la ciudad.

Al cabo de algunos minutos Jesús se detiene:

—¡Tan! ¡tan!.....

— ¡Entrad!

— ¡Sea para bien! ¿No es esta la casa de Pedrito?... ¡Un niño á quien quiero mucho, porque ya sabe rezar y porque es muy obediente con su mamá! Decidme, decidme pronto dónde está su faltriquera para llenársela de confites. ¡Ay! ¡Mirad qué gracioso niño! al dormirse dejó allí junto á su carita la dorada naranja que me guarda..... Le bendigo y bendigo á su excelente mamá..... ¡Hasta la vista, Pedrito!

Y el niño Jesús continuó su camino.

Unos instantes después se detuvo de nuevo:

—Madre, dice, esta es la Casa de Asilo. Aquí tenemos mucho qué hacer con todos estos inocentes..... ¡Tan! ¡tan!... Abrid pronto, sor Magdalena.... Aquí tenéis todo un almacén de rorros y tamboriles; aquí tenéis, además, vestidos nuevos para mis hermanitos los pobres. Distribuiréis todo esto mañana, comenzando por los más aprovechados.... ¡Hasta otra vista, sor Magdalena!

Y el niño Jesús continuó su camino.

Á poco andar, se detuvo de nuevo.

— ¡Tan! ¡tan!.... Como lo ves, Madre mía, esta es la escuela de los *buenos Hermanos*.... ¡Abre, abre sin demora, hermano Emilio!.... Toma.... aquí está esto para Víctor, el primero de la clase del Catecismo; aquí está esto otro para José, el más aprovechado de la clase; aquí deajo para Pablo, porque ayuda muy bien la misa; y toma, toma..... aquí está para los demás.... ¡Hasta otra vista, hermano Emilio!....

Y el niño Jesús continuó su camino.

Un poco más adelante se detuvo de nuevo:

—Madre, esta es la escuela de las *buenas Hermanas*..... ¡Pronto, pronto ábrenos, sor Radegunda!.... ¡Bien! Permite que veamos un momento el *Cuadro de Honor*..... ¡Oh! ¡la pequeña Margarita! ¡Conserve todavía la banda!.... ¡Vaya! Esto en premio de sus afanes; y además (guárdame con ella el secreto), ganará el primer premio en el Árbol de Navidad.... ¿Y la chiquitina María Ángela? ¡Oh mi amada niña! ¡Cuán piadosa es.... y qué pura!... La he de hacer religiosa carmelita.... Entretanto, esto para ella.... ¿Y la mayorcita Eugenia?.... ¿Todavía un poco disipada?.... ¿Pero alguna cosa va adelantando?.... ¡Bien, bien!.... ¡Vaya! aquí está esto para Eugenia por sus progresos.... Pero el tiempo vuela.... Ahí quedan, para todas las demás, estas azucaradas almendras del Paraíso. Sólo que.... cuida de que no sean golosas.... ¡Hasta la vista, sor Radegunda!

Y el niño Jesús continuó su camino.

Á poco andar, detúvose una vez más:

— ¡Madre, otra escuela! ¡Tan! ¡tan!.... Abra Ud., señor Prefecto.... ¡Señor Prefecto! ¡Tan! ¡tan!.... ¡Señor Prefecto! ¡hágame Ud. la merced de abrirme!.... Soy el niño Jesús, el amigo de los niños. Traigo un gran saco de sorpresas para mis amiguitos! ¡Oh! ya veréis qué contentos van á ponerse cuando se despierten y adviertan.... Verán que no les olvido, que les amo con todo el corazón; y me

amarán también ellos; sí, me amarán por toda su vida; ¿no cree Ud. que me amarán? . . .

El niño Jesús hablaba; mas la puerta se mantenía cerrada.

— ¡Ah! Os lo ruego, señor Prefecto, abridme. . . . Soy el niño Jesús. . . . ¡Si supieseis cuánto amo á estos niños! ¡Abridme! ¡abridme, por caridad! . . .

Y la puerta se abre; y una voz estentórea dice:

— Seguid vuestro camino: esta casa es una escuela neutra: conforme á la ley, *para vosotros no puede haber lugar: Non erat eis locus in diversorio.* (Evangélio según San Lucas II. 7.)

Y todas las alegrías de esta noche desaparecieron del corazón de Jesús, como desaparecen tras de una oscura nube las brillantes estrellas del cielo azul.

— ¡Madre!, dice, vámonos. . . . ¡Ah!

Y se retira embargado de tristeza. Lloro. . . . Pobrecito niño Jesús!

(SIMIENTES DEL PARAÍSO)

IMPRESA DE "EL CATECISMO"

CALLE DE BALVANERA, NÚM. 18.—MÉXICO.

En este Establecimiento se desempeñan con *Esmero, Prontitud y Corrección*, toda clase de trabajos tipográficos.

Puntualidad y Precios moderados.

EL CATECISMO

ORGANO

DE LA «CONGREGACIÓN DEL CATECISMO.»

Hæc est victoria que vincit mundum, fides nostra.

Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe.

1.º EPIST. DE S. JUAN, CAP. V, V. 4.

DOCTRINA

(CONTINÚA.)

Hemos dicho que Dios nos *ha hecho capaces de participar* de los inmensos tesoros de la Iglesia, porque esta doctrina no obstante su exactitud y verdad, en general, tiene sus reservas y sus límites; pues debéis saber que no todos los fieles participan indistintamente de los bienes espirituales de la Iglesia, ni todos los que participan lo alcanzan en el mismo grado.

En primer lugar, no todos los fieles participan, sino únicamente aquellos en cuyo corazón reinan la justicia, la caridad, la gracia santificante; pues se le llama *comunión de los santos*, no sólo porque todos los fieles estamos llamados á la santidad, sino porque en ella tienen participación únicamente los que son santos, esto es, los que viven unidos á Dios por la caridad.

Que los infieles, los herejes, los cismáticos y los excomulgados se hallan excluidos de la participación de los bienes y de los méritos que circulan en la Iglesia, es evidente, puesto que están separados de su cuerpo. En cuanto á los pecadores, aunque